

La meritocracia como ficción.

El relato que justifica la desigualdad.

1. El mito que nos contamos.

Hay una historia que nos han contado desde niños. Nos han dicho que, si estudiamos, trabajamos duro y nos esforzamos, llegaremos donde queramos, que el talento y el mérito son las claves del éxito y que vivimos en una sociedad de oportunidades donde cada uno tiene lo que se merece.

Esa historia es la meritocracia y es una ficción. No porque el esfuerzo no importe, sino porque el esfuerzo no basta. No porque el talento no exista, sino porque el talento no se desarrolla en el vacío. No porque la igualdad de oportunidades sea un ideal deseable, sino porque nunca ha sido real.

La meritocracia es el relato que legitima el orden social. Nos dice que los que están arriba se lo han ganado y que los que están abajo se lo han perdido. Nos convence de que la desigualdad es justa porque refleja el mérito de cada uno y nos responsabiliza por nuestros fracasos, como si la pobreza fuera una elección y la riqueza una recompensa.

Este ensayo desmonta ese mito. Analiza por qué la meritocracia es una ficción, cómo se ha utilizado para invisibilizar la falta de progresión social y por qué las élites se aferran a ella en un momento en que su posición está más cuestionada que nunca.

2. La evidencia del bloqueo.

La movilidad social es el termómetro que mide la salud de una sociedad. Si los hijos viven mejor que los padres, el ascensor social funciona, y si los hijos heredan la posición de los padres, el ascensor está averiado. En España, parece que el ascensor se ha roto.

Los datos son contundentes. Para la generación nacida al final del franquismo, casi un 12% de los hijos de hogares pobres lograba formar parte del 20% más rico de la población. Para la generación de la democracia, esa cifra se ha reducido a casi la mitad, un 6,3%. Es decir, hoy es el doble de difícil salir de la pobreza que hace cuarenta años.

En términos de ocupación, solo el 39% de los españoles logra un puesto de mayor estatus que sus padres, cifra inferior a la de Alemania (48%). La probabilidad de que un niño nacido en el 20% más pobre llegue al 20% más rico es de un 10% en España y del 15,7% en Suecia. Y no es solo una cuestión de renta, el origen familiar determina también el nivel educativo, el tipo de empleo, la salud y hasta la esperanza de vida.

La conclusión es clara: el origen social pesa más que hace treinta años. La sociedad española se ha vuelto más rígida, desigual y menos móvil.

3. La reproducción de las élites.

Si la movilidad social ha caído, ¿qué ha pasado con las élites? La explicación no es que han desaparecido, sino que se han blindado. Las clases privilegiadas han desarrollado mecanismos cada vez más elaborados para proteger su posición y transmitirla a sus hijos.

El primero es la herencia. No solo la material, también la cultural y la social. Los hijos de las élites heredan, además del patrimonio, las redes de contacto, el capital cultural y el conocimiento de los códigos que abren puertas. Ese capital invisible es a menudo tan importante o más que el dinero.

El segundo es la educación. La elección de centro escolar se ha convertido en el mecanismo principal de reproducción social. La segmentación entre la escuela pública y la concertada, la segregación por nivel de renta o la existencia de colegios que seleccionan a su alumnado contribuyen a que los hijos de las élites se eduquen separados de los hijos de las clases populares. Y esa separación se traduce en ventajas, como mejores notas, universidades y empleos.

El tercero es la herencia económica. Los impuestos a las herencias y a las grandes fortunas son mínimos o inexistentes en la práctica. Las grandes fortunas se transmiten de generación en generación sin apenas tributar, lo que significa que la posición social se hereda con más facilidad que se conquista.

El resultado es una élite cada vez más cerrada, endogámica y desconectada de la realidad del resto de la sociedad. El 25% de los hijos de las familias más acomodadas de la generación de la democracia pertenece hoy al 20% más rico, en comparación con el 22% de la generación anterior. No solo mantienen su posición, sino que la refuerzan.

4. La universidad, ¿ascensor o filtro?

Durante décadas, la universidad fue el gran ascensor social. El hijo del obrero que estudiaba una carrera podía llegar a ser médico, abogado o ingeniero. La educación superior abría la puerta a la clase media. Hoy, esa puerta se ha cerrado.

La universidad se ha masificado. En España, el número de titulados superiores se ha multiplicado. Más de un tercio de la población adulta ha cursado estudios universitarios, pero la masificación no ha traído igualdad, sino la devaluación del título. Un título universitario ya no garantiza un empleo estable, ni un salario digno, ni una vida mejor que la de los padres.

Y hay algo más preocupante. La universidad, que debería ser un motor de igualdad, se ha convertido en un filtro que reproduce las ventajas de partida. Los hijos de padres universitarios tienen más probabilidades de ir a la universidad, elegir carreras con más salidas, acceder a másteres y posgrados, y conseguir prácticas en empresas prestigiosas. La "prima salarial" de tener padres con estudios superiores supera el 10%. Es decir, el origen familiar sigue pesando incluso entre los que han estudiado.

La universidad ya no es el ascensor que fue, es un filtro que selecciona a los que ya venían con ventaja.

5. La partitocracia y la captura del relato.

Si la meritocracia es una ficción, ¿por qué seguimos creyendo en ella? Porque hay un sistema entero dedicado a repetirla. Los medios de comunicación, los políticos, los gurús del emprendimiento o los libros de autoayuda insisten en el mismo mensaje: "tú puedes", "depende de ti", "el que quiere puede".

Ese relato no es inocente, es funcional al sistema, porque, si la pobreza es una elección, entonces los pobres son responsables de su situación y, si la riqueza es un mérito, entonces los ricos merecen lo que tienen. La meritocracia convierte un problema estructural en un fracaso personal y, al hacerlo, desactiva la crítica, desmoviliza la protesta y justifica la desigualdad.

La partitocracia española ha capturado ese relato. Los partidos, atrapados en la lógica de la alternancia sin cambio, repiten la misma cantinela. Todos hablan de igualdad de oportunidades, pero ninguno ataca las causas de la desigualdad. Todos prometen movilidad social, pero ninguno modifica los impuestos a las herencias, ni regula la escuela concertada, ni invierte en educación pública en los barrios pobres.

El resultado es una democracia que se ha convertido en una representación. Los ciudadanos votan y los gobiernos se alternan, pero la subordinación permanece y la meritocracia se convierte en el opio que adormece la conciencia de clase.

6. El fin del contrato social.

La ficción meritocrática tiene consecuencias. La primera es la frustración de una generación que hizo todo lo que se le dijo y no obtuvo la recompensa prometida. Los jóvenes estudiaron, se formaron y se esforzaron, pero hoy tienen salarios precarios, viviendas inalcanzables y futuros inciertos. La promesa del esfuerzo se ha roto y con ella la confianza en el sistema.

La segunda es la desafección política. Si da igual a quién votes, si los gobiernos sirven a los mismos intereses, ¿para qué votar? La abstención, el voto de castigo o el auge de los populismos son síntomas de una sociedad que ha dejado de creer en el contrato social.

La tercera es la ruptura de la cohesión social. Cuando la desigualdad crece y la movilidad se bloquea, la sociedad se fractura. Los de arriba se aíslan en sus burbujas, los de abajo pierden la esperanza y la clase media se descompone y no sabe a qué atenerse.

7. Alternativas para una sociedad móvil.

La meritocracia no es inevitable, es una construcción histórica que puede cambiarse, aunque para cambiarla hay que atacar sus causas y no solo sus síntomas.

La primera medida es fiscal. Hay que gravar las grandes herencias, las fortunas y el patrimonio. No se trata de confiscar, sino de garantizar que la riqueza se redistribuya. Una sociedad que no grava la herencia está condenando a los hijos de los pobres a seguir siendo pobres y a los hijos de los ricos a seguir siendo ricos.

La segunda es educativa. Hay que invertir en educación pública de calidad en todos los territorios, no solo en los barrios ricos. Hay que regular la escuela concertada, evitar la segregación escolar, garantizar que todos los niños tengan las mismas oportunidades y repensar la universidad para que sea un motor de igualdad y no un filtro de clase.

La tercera es la vivienda. Sin vivienda asequible no hay emancipación, ni proyecto de vida, ni movilidad social. La vivienda es la base sobre la que se construye todo lo demás. Y hoy es inalcanzable para la mayoría de los jóvenes.

La cuarta es la cultura. Hay que dejar de medir el valor de las personas por su éxito profesional o su cuenta bancaria y recuperar la idea de que todos merecen una vida digna por el hecho de nacer. Hay que construir una sociedad que valore la cooperación y no solo la competencia.

8. La vida sin mérito.

La meritocracia es una ficción que nos han contado para que aceptemos la desigualdad como justa. Hemos crecido bajo el eslogan "el que quiere puede". Nos han dicho que el esfuerzo tiene recompensa y que los que fracasan es porque no se esfuerzan. Nos han repetido que vivimos en una sociedad de oportunidades y hemos creído que la cuna no importa.

Pero la cuna importa, y mucho. El origen social determina el destino de las personas con más fuerza que el talento o el esfuerzo. La movilidad social se ha reducido a la mitad en cuarenta años, las élites se han blindado, la universidad se ha convertido en un filtro y la partitocracia repite el mismo relato mientras las políticas no cambian.

Pero, si el mérito es una ficción, ¿qué nos queda?

Quizás la respuesta sea reivindicar una sociedad que no mida el valor de las personas por lo que producen o por lo que ganan, que garantice derechos por haber nacido y no confunda la igualdad de oportunidades con la igualdad real. Porque la igualdad de oportunidades, en una sociedad desigual, es una quimera y la meritocracia, en una sociedad de clases, es una mentira.

La meritocracia no es una ley natural, sino una construcción histórica cuyo cambio solo requiere dejar de creer en ella y empezar a construir una sociedad en la que el mérito no sea una coartada para la injusticia, sino una consecuencia de la igualdad.